

## ***LO DIFERENCIAL EN LYOTARD***

*Edwin Alberto Arreola Rueda*

A Montserrat

La postmodernidad desde la perspectiva del filósofo francés Jean François Lyotard, es un tema que ha causado controversia debido a que las reglas de juego de la filosofía, la política, la ciencia y las artes han cambiado a partir del siglo XIX. Arriesgarse a edificar sobre él mismo una doctrina es una pretensión escabrosa sobre una cuestión confusa, es por ello que Lyotard prefiere orientar el debate a resolverlo o darlo por clausurado.

Abordar el tema de la postmodernidad es observarlo a través de la amatista de Proteo, debido a sus matices que se refractan en todas direcciones y que diferentes instancias procuran decantar, como veremos enseguida.

El pensador francés en su texto *La postmodernidad* (explicada a los niños, 1987), menciona que en estos tiempos vivimos un relajamiento no sólo en el arte, sino también en otros ámbitos; señala por una parte haber leído sobre la restricción, la censura, la prohibición a experimentar en la política, la filosofía, la pintura, la literatura, etcétera; dice haber leído a un crítico de arte que difunde y vende la "Transvanguardia" en los mercados

de pintura; ha leído que con el nombre de postmodernismo ciertos arquitectos se desembarazan de los proyectos de la Bauhaus; también que cunde el descontento con la obra *Capitalismo y esquizofrenia* de Gilles Deleuze y Felix Guattari (1979) porque preferiríamos ser gratificados con algo de sentido.

Aunado a lo anterior, Lyotard dice de un historiador que los escritores y pensadores de vanguardia de los años sesenta y setenta, han hecho reinar el terror en el uso del lenguaje; añade que ha leído acerca de un teatólogo para quien el postmodernismo con sus juegos y fantasías, no sirve de contrapeso al poder, sobre todo cuando la opinión inquieta a éste a practicar una política de vigilancia totalitaria ante la amenaza de guerra nuclear; asimismo, agrega que un pensador como Jürgen Habermas asume la defensa de la modernidad debido a que tal proyecto forma parte del pensamiento de las Luces y que por ahora ha quedado inconcluso.

Para Habermas los postmodernos no son sino neoconservadores. Si la modernidad ha fracasado, Habermas señala que se debe a la fragmentación en especialidades independientes de la totalidad de la vida, abandonadas a la estrecha competencia de los expertos.

Lo que Habermas reclama a las artes y a la experiencia que éstas procuran es, en suma, que sean capaces de tender un puente por encima del abismo que separa el discurso del conocimiento, del discurso de la ética y la política, franqueando así un pasaje hacia la unidad de la experiencia.

Por su parte, Lyotard pregunta: ¿a qué tipo de unidad aspira Habermas? y si es posible franquear los juegos del lenguaje heterogéneos, sea el del conocimiento, la ética, la política ¿o se trata de un orden diferente de éstos? Si no es así, ¿cómo haría para realizar su síntesis efectiva? Para nuestro autor, la postmodernidad somete a un examen la idea de un fin unitario de la historia, y la idea de un sujeto por advenir:

sólo la ilusión trascendental (la de Hegel) puede esperar totalizarlos en una unidad real; pero Kant sabía que esta ilusión se paga con el precio del terror. Los siglos XIX y XX nos han proporcionado terror hasta el hartazgo.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Jean-Francois Lyotard, *La postmodernidad (explicada a los niños)*, Barcelona, ed. Gedisa, 1987, p. 26.

Nos encontramos en una postura doble, en oposición frontal: la que realiza una crítica de la razón ilustrada que según Gilles Deleuze, trata de “ilustrar a la razón”, y que según Habermas “amenaza con destruir la misma razón”.

La maleabilidad de la postmodernidad adquiere colorido y se filtra también en el lienzo para después adoptar la figura metamórfica del signo en el texto. En torno a las reglas de la imagen y el relato, ¿qué lugar ocupa lo postmoderno? Lyotard expone: ¿contra qué objeto arremete Cézanne? Contra el espacio de los impresionistas. ¿Contra qué objeto arremete Picasso y Braque? Contra el de Cézanne (...) las “generaciones” se precipitan. Una obra no puede convertirse en moderna si, en principio, no es ya postmoderna. El postmodernismo así entendido no es el fin del modernismo sino su estado naciente, y este estado es constante.

En este sentido, Lyotard profundiza respecto a la modernidad en lo que se refiere a la relación sublime de lo presentable con lo concebible:

se puede poner el acento en la impotencia de la facultad de presentación, en la nostalgia de la presencia que afecta al sujeto humano, en la oscura y vana voluntad que lo anima a pensar en todo. O si no, se puede poner el acento en la potencia de la facultad de concebir, en su “inhumanidad” como por así decirlo (es la cualidad que Apollinaire exige de los artistas modernos) puesto que no es asunto del entendimiento que la sensibilidad o la imaginación humanas se pongan de acuerdo con aquello que él concibe; y se puede poner el acento sobre el crecimiento del ser y el regocijo que resultan de la invención de nuevas reglas de juego, en la pintura, en el arte, o lo que sea.<sup>2</sup>

Respecto al texto, las obras de Proust y de Joyce hacen alusión, cada una por su cuenta a algo que constantemente se hace presente. En el caso de Proust, según Lyotard, la alusión tiene que ver con una conciencia que evita su identidad debido a que es una víctima que cuenta con demasiado tiempo; la unidad del libro, pese a ser rechazada capítulo tras capítulo, permanece inalterada: se trata de la identidad de la escritura consigo

---

<sup>2</sup> *Ibid.*, pp. 23-24.

misma a través del dédalo de la interminable narración. En el caso de Joyce encontramos la identidad de la escritura, se distingue lo impresentable en su propia escritura.

Ahora bien, en torno a la estética Lyotard puntualiza:

la estética moderna es una estética de lo sublime pero nostálgica. Es una estética que permite que lo impresentable sea alejado tan sólo como contenido ausente, pero la forma continúa ofreciendo al lector o al contemplador, merced a su consistencia reconocible, materia de consuelo y de placer.<sup>3</sup>

No obstante, el autor que nos ocupa enfatiza en el auténtico sentimiento sublime:

es una combinación intrínseca de placer y de pena: el placer de que la razón exceda toda presentación, el dolor de que la imaginación o la sensibilidad no sean a la medida del concepto.<sup>4</sup>

Para Lyotard lo postmoderno sería aquello que alega lo impresentable en lo moderno y en la presentación misma; aquello que se niega a la consolidación de las formas bellas, al consenso de un gusto que permitiría experimentar en común la nostalgia de lo imposible; aquello que indaga por presentaciones nuevas, no para gozar de ellas sino para sentir que hay algo que es impresentable.

Un artista, un escritor, un filósofo postmoderno de acuerdo con Lyotard:

trabajan sin reglas y para establecer las reglas de aquello que habrá sido hecho. De ahí que la obra y el texto tengan las propiedades del acontecimiento; de ahí también que lleguen demasiado tarde para su autor, o —lo que viene a ser lo mismo— que su puesta en obra comience siempre demasiado pronto. Postmoderno será comprender según la paradoja del futuro (post) anterior (modo).<sup>5</sup>

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 25.

<sup>4</sup> *Ibidem.*

<sup>5</sup> *Ibidem.*

Ya se ha pagado suficientemente la añoranza del todo y de lo uno, de la reconciliación del concepto y lo sensible; el camino ha sido largo, cansado, letal; cuando hemos estado a punto de alcanzar la cima en un parpadeo nos damos cuenta de que nuevamente debe reanudarse nuestra marcha; somos la progeñe de Sísifo a menos que acatemos la voz estertórea de Lyotard que rompe las sentencias lapidarias y atávicas: guerra al todo, demos testimonio de lo impresentable, activemos los diferendos, salvemos el honor del nombre.

Las connotaciones que prosiguen son esculpidas con el cincel y el martillo de Lyotard sobre una masa amorfa que no deja de adquirir forma aunque ésta no se trate de una definitiva y consagrada. En relación con el término “postmoderno”, Lyotard hace tres aclaraciones:

a) Parte de una oposición entre el postmodernismo y el modernismo o el Movimiento Moderno (1910-1945) en arquitectura. La arquitectura moderna realiza algunas modificaciones en el espacio heredado de la modernidad, abandona una reconstrucción global del espacio habitado por la humanidad: ya no hay más horizontes de universalidad, de emancipación general; la desaparición de la idea de un progreso en la racionalidad y la libertad, explicará que hayan ciertas características en la arquitectura postmoderna que remite a estilos o periodos anteriores, clásicos o modernos, poca consideración por el medio o el ambiente, etcétera; Lyotard acota:

el “post” de “postmodernismo” se comprende aquí en el sentido de una simple sucesión de una secuencia diacrónica de períodos, cada uno de los cuales es claramente identificable. El “post” indica algo así como una conversión: una nueva dirección después de la precedente.<sup>6</sup>

b) Otra connotación del vocablo “postmoderno”, aclarando Lyotard que no se siente ajeno a la incompreñión que también él comparte, radica en una especie de decadencia o declinación en los dos últimos siglos por

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 90.

parte de los occidentales hacia el principio del progreso general de la humanidad. Esta idea de un progreso posible, probable o necesario, se arraiga en la certeza de que el desarrollo de las artes, de las tecnologías, del conocimiento y de las libertades, sería beneficioso para el conjunto de la humanidad.

En este sentido E. M. Cioran expone:

Por gusto o por fuerza apostamos al futuro, hacemos de él una panacea, y, al asimilarlo al surgimiento de “otro” tiempo en el interior del tiempo mismo, lo consideramos como una duración inagotable y no obstante terminada, como una *historia intemporal*. Contradicción en los términos inherente a la esperanza de un nuevo reino, de una victoria de lo insoluble en el seno del devenir. Nuestros sueños de un mundo mejor se fundan en una imposibilidad teórica. ¿Qué hay de sorprendente, pues, si para justificarlos tenemos que recurrir a paradojas *sólidas*?<sup>7</sup>

Para el pensador francés resulta evidente que el desarrollo de las tecnociencias se ha convertido en un medio de acrecentar el mal, no de calmarlo. Ya no podemos llamar a este desarrollo, “progreso”. No responde a las exigencias que tienen origen en las necesidades del hombre, individuales o sociales, parecen siempre desestabilizadas por los resultados del desarrollo y sus consecuencias.

No se trata sólo de los resultados materiales —agrega Lyotard—, sino también intelectuales y mentales. Además la humanidad se encuentra dividida en dos partes: “una de ellas se enfrenta al desafío de la complejidad; la otra, la más vieja, se topa con el desafío de su propia sobrevivencia, esto contradice el proyecto moderno que valía en un principio para la humanidad en conjunto”.<sup>8</sup>

c) La cuestión de la postmodernidad es también, o ante todo, expresiones del pensamiento: arte, literatura, filosofía, política.

<sup>7</sup> E. M. Cioran, *Historia y utopía*, Barcelona, ed. Tusquets, 1995, p. 127.

<sup>8</sup> Lyotard, *op. cit.*, p. 92.

La idea de la modernidad, para Lyotard, es una cronología, una linealidad, pertenece al cristianismo, al cartesianismo, al jacobinismo, esta idea está estrechamente ligada al principio de que es posible y necesario romper con la tradición e instaurar una nueva manera de vivir y pensar.

Sospechamos que esta ruptura actualmente es más una manera de olvidar o de reprimir el pasado, es decir, de repetirlo, que una manera de superarlo. Por lo tanto, la *anamnesis* lyotardiana en su sentido terapéutico y psicoanalítico como *evocación voluntaria o incluso metódica del pasado*, como pre-elaboración que descubre los aspectos reprimidos y nos libra del dominio de los mecanismos repetitivos, es decir, el paciente trata de elaborar su problema presente asociando libremente elementos aparentemente inconsistentes con situaciones pasadas, lo cual le permite descubrir sentidos ocultos de su vida, de su conducta.

Pero una anamnesis que no sea una restauración ecléctica y nostálgica del pasado y de sus valores, ni una aceptación resignada de los simulacros y efectos de superficie en un mundo nihilista y cínico como el de hoy. Cabe señalar que en la sociedad en la que vivimos es una sociedad de la comunicación generalizada, la sociedad de los medios de comunicación (*mass media*). La lógica misma del mercado de la información postula una ampliación continua de este mercado y exige, de acuerdo con Vattimo, que todo en cierto modo venga a ser objeto de comunicación. De hecho, intensificar las posibilidades de información acerca de la realidad en sus más variados aspectos hace siempre menos concebible la idea misma de *una* realidad, de ahí que Vattimo se pregunte *¿cómo y dónde podremos alcanzar la realidad en sí misma?* La realidad para nosotros, dirá Vattimo, es más bien el resultado de cruzarse y contaminarse (en el sentido latino) las múltiples imágenes, interpretaciones, re-construcciones que distribuyen los medios de comunicación en competencia mutua y, desde luego, sin coordinación *central* alguna.<sup>9</sup>

De ahí que si abandonamos esta responsabilidad con seguridad nos condenamos a repetir sin desplazamiento alguno la “neurosis moderna”, la

---

<sup>9</sup> G. Vattimo y otros, *En torno a la posmodernidad*, Barcelona, ed. Anthropos, 1994, pp. 14-15.

esquizofrenia, la paranoia, etcétera, occidentales, fuente de malestares que hemos conocido durante los últimos dos siglos:

el “post” de “postmodernismo” no significa un movimiento de *come back*, de *flash back*, de *feed back*, es decir, de repetición, sino un proceso a manera de *ana-*, un proceso de análisis, de anámnesis, de anagogía y de anamorfosis, que elabora un “olvido inicial”.<sup>10</sup>

El saber no solamente reviste el atuendo de la modernidad que lo configura desde un enfoque sistemático y funcional, con el cual el Estado legitima el ejercicio de su poder, apelando incluso a la institución universitaria, pero en este caso con el apoyo de una “razón instrumental” prioritaria; sino también el de la postmodernidad y su apuesta inventiva e inacabable. En relación al saber en las sociedades más desarrolladas, retomaremos la obra de Lyotard titulada *La condición postmoderna* (1990).

En dicho texto se menciona que la incidencia de la tecnología a partir de los años cincuenta sobre el saber es considerable, de una forma u otra afecta tanto a la investigación como a la transmisión de conocimientos. En este sentido, subraya Eugenio Trías, el que más puede es nuevamente el que más tiene. Pero ese tener es ahora idéntico a saber; el que más registra y controla, más adelante, continua Trías, cada uno mantiene el control sobre un pequeño paquete de información, desde el obrero calificado hasta el jefe de departamento de planificación y de éste al director de empresa, todos se pasan y se traspasan paquetes de información.<sup>11</sup>

La sociedad se encuentra inmersa en una heterogeneidad de juegos de lenguaje, sin embargo la ciencia despunta de tal manera que su criterio tecnológico invade zonas como lo verdadero y lo justo traduciéndolas desde su perspectiva instrumental y operativa.

Como ya se ha mencionado, la “postmodernidad” designa la transmisión de las reglas de juego de la ciencia—como veremos en este caso—que se vincula a la crisis de los relatos.

---

<sup>10</sup> Lyotard, *op. cit.*, p. 93.

<sup>11</sup> E. Trías, *Meditación sobre el poder*, Barcelona, ed. Anagrama, 1993, pp. 170 y 172.

Debido a que en la mayoría de los relatos se revelan fábulas, ahora la ciencia se encuentra en conflicto con ellos, porque deben legitimar sus reglas de juego que buscan lo verdadero; a dicho discurso se le llama filosofía, Lyotard aclara:

Cuando ese metadiscurso recurre explícitamente a tal o cual otro gran relato, como la dialéctica del Espíritu, la hermenéutica del Sentido, la emancipación del sujeto razonante o trabajador, se decide llamar “moderna” a la ciencia que se refiere a ellos para legitimarse.<sup>12</sup>

Uno de los efectos del progreso de las ciencias es la incredulidad con respecto a los metarrelatos; a dicha incredulidad se le denomina “post-moderna”, al desuso de los dispositivos metanarrativos de legitimación corresponde la crisis de la filosofía metafísica y de la institución universitaria que dependía de ella.

Para Lyotard los grandes propósitos se dispersan en nubes de elementos lingüísticos narrativos, cada uno con sus propias valencias pragmáticas, es así como afirma:

la sociedad que viene parte menos de una antropología newtoniana (como el estructuralismo o la teoría de sistemas) y más de una pragmática de las partículas lingüísticas (...) es la heterogeneidad de los elementos.<sup>13</sup>

Las pruebas que proporciona “la realidad” son abordadas por una administración de carácter científico que la técnica en particular se encarga de codificar y sistematizar, en donde lo que se ventila no es la verdad, sino la performatividad, es decir, la optimización de actuaciones: aumento del *out put* (informaciones o modificaciones obtenidas) disminución del *in put* (energía gastada) para obtenerlos.

<sup>12</sup> J. F. Lyotard, *La condición postmoderna*, México, ed. Rei, 1990, p. 9.

<sup>13</sup> Para una mayor profundización sobre el tema remito a mi tesis de licenciatura: *El saber, el poder y la legitimidad en la sociedades postmodernas, según Jean-Francois Lyotard*, capítulo III, “Legitimación científica y el saber”, apartado IV, “Legitimación por la performatividad en la investigación”. México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 1997.

En este sentido, Lyotard expone que el Estado y/o la empresa abandona el relato de legitimación idealista o humanista para justificar el nuevo objetivo: en la discusión de los socios capitalistas de hoy en día, el único objetivo creíble es el incremento de poder.<sup>14</sup>

En cuanto a la vertiente del saber éste no deja de ser afectado con el criterio de performatividad, no sólo en la investigación sino también en la enseñanza. El punto clave corresponde a la profesionalización de la enseñanza superior, que le proporciona al sistema social las competencias correspondientes a sus propias exigencias, es decir, su cohesión interna.

En estos momentos el estudiante profesionalista, el Estado o la institución de enseñanza superior, ya no se pregunta si un relato es o no verdadero, sino ¿para qué sirve?, aunado a ello en el contexto de la mercantilización del saber pone la mira en la capacidad de venta de relato y su posible eficacia para una toma de decisión que involucra directamente al poder.

Es por ello que Lyotard agrega que la pragmática del saber científico postmoderno, tiene poca afinidad con la búsqueda de la performatividad; para él la expansión de la ciencia no se realiza por medio del positivismo de la eficiencia; se trata de lo contrario:

trabajar con la prueba es buscar e “inventar” el contra-ejemplo, es decir, lo ininteligible; trabajar con argumentación, es buscar la “paradoja” y legitimarla con nuevas reglas del juego de razonamiento.<sup>15</sup>

En ambos casos, apunta el filósofo francés, la eficiencia no se busca por sí misma, viene dada por añadidura, a veces tarde, cuando los socios capitalistas se interesan al fin por el caso.

Es así como la ciencia postmoderna hace la teoría de su propia evolución como discontinua, catastrófica, no rectificable, paradójica; para Lyotard es claro, no se trata de un modelo de legitimación referido a la mejor actuación, sino el de la diferencia comprendida como paralogía.

<sup>14</sup> Lyotard, *op. cit.*, p. 10.

<sup>15</sup> *Ibid.*, pp. 99 y 100.

Respecto a la paralogía, el autor que nos ocupa expone,

si los grandes relatos están excluidos, el “pequeño relato” se mantiene como la forma por excelencia que toma la invención imaginativa y, desde luego, la ciencia; se trata de discursos de legitimación, tales como la sistemática abierta, la localidad, el antimétodo, y en general lo que reagrupamos con el nombre de paralogía.<sup>16</sup>

Cabe señalar que para Lyotard, la invención siempre se hace en el disenso, no encuentra su razón en la homología de los expertos, sino en la paralogía de los inventores.

Reconocer el heteromorfismo de los juegos de lenguaje, implica la renuncia al terror que supone su isomorfismo. La legitimación y su correspondiente consenso, en todo caso debe ser local, por consideración a las reglas que definen cada juego: a los “jugadores” efectivos que participan sujetos a metaprescriptivos limitados en el espacio-tiempo; en otros términos, a una eventual rescisión contractual.

De ahí que el saber postmoderno no sólo es el instrumento de los poderes, también refina nuestra sensibilidad ante las diferencias y refuerza nuestra capacidad para soportar lo inconmensurable en las interacciones sociales; de esta forma el contrato temporal suplanta de hecho la institución permanente en cuestiones profesionales, afectivas, sexuales, culturales, familiares, internacionales, lo mismo que en asuntos políticos.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 108.